

# El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 275.

Sevilla.—Jueves 29 de Noviembre de 1900

AÑO XXIV.

## El viejo Krüger

Ha llegado á Europa, pisando tierra donde se respiran aires de libertad y ambiente purísimo de emancipación. El coloso, avergonzado, ha rendido sus cadenas y escondido entre las sinuosas encrucijadas un sistema opresor y tiránico; ha ocultado sus guerras ante las aclamaciones de un pueblo, al adversario vencido, aunque no rendido ante la abrumadora fuerza del tirano, que pretende atar á su carro á todos los pueblos del mundo, débiles y pequeños.

El ejemplo es admirable. Krüger pasea triunfalmente en medio de aclamaciones frenéticas las grandes ciudades de la Francia libre y republicana. El orgulloso inglés, que cuenta por cientos los acorazados, por miles sus cruceros y buques auxiliares; que se envanece ante sus abrumadoras riquezas, y que pretende ostentar en el escudo de la corona de su reina el imperio de todas las partes del globo, siente de cerca los trallazos en el rostro, y en vez de oponer enérgica reclamación, como cumple á la medida del orgullo del matón, dirige apremiantes requerimientos á sus generales de Africa, para que allanen domicilios, violen mujeres y quemem haciendas y propiedades.

El gigante, convertido en enano, se arrastra avergonzado con maña de reptil ante las admirables manifestaciones de un pueblo que siente y proclama las grandezas de la verdad y libertad, y glorifica al héroe que en desigual contienda resiste sublimemente, con la sublimidad del derecho y de la razón, y con el escudo de la libertad, los desafueros del hogar y las invasiones del dolor, de la injusticia y de la opresión.

Es que ese viejo, á quien aclama la Francia, resume en los actuales momentos todos los esfuerzos de un pueblo nuevo y joven, que quiere ser libre y sintetiza las aspiraciones todas del hombre por la justicia, por la libertad y por la paz del mundo, implantada mediante la paz conseguida por el respeto de todos los derechos; por eso encarna en el sentimiento de los pueblos libres del viejo continente todo el esfuerzo, todo el sacrificio, toda esa sublime epopeya que se desarrolla al Sur de Africa contra el odiado coloso, para quien el mundo no es más que un cliente de sus productos que tiene que pagar su cánón en libras esterlinas, para que los grandes políticos y negociantes ingleses se enriquezcan.

Nada tan admirable como la bandera del pueblo que apareció en París en la grandiosa manifestación al presidente del Transvaal. ¡Vergüenza á Europa! ¡Vergüenza, sí, á los gobiernos europeos! ¡Vergüenza, sí, á los estadistas de los grandes pueblos, de las grandes naciones continentales, que, atentos á su egoísmo cobarde, ven cómo desaparece un pueblo y presencian impasibles el íncubo despojo de dos naciones nacientes que progresaban en la paz mediante un trabajo honrado y al amparo de libres y progresivas instituciones!

Vergüenza y baldón para los gobiernos. Loor para los pueblos que así saben ensalzar y que sublimizan los esfuerzos de un pueblo, aclamándole por encima de notas y sin temor á reclamaciones cancellerescas. La diplomacia con sus cuidados, los gobiernos con sus excesivos miedos; los Estados con sus cobardes encogimientos, nada podrán ante la actitud enérgica y decidida de los pueblos que aclaman y glorifican al viejo presidente, y que forzosamente tienen que influir en las determinaciones de los gobiernos y empujar á las cancellerías de Europa á adoptar una actitud de justicia y de reparación en aras de la independencia de esos héroes del hogar, de la independencia y de la libertad del hombre y de la nación, que á costa de tantos sacrificios fundarán.

La fuerza abrirá ancho camino á la voluntad del pueblo, y los ciudadanos se impondrán á los gobiernos. Los boers serán libres porque cuentan con el apoyo de los pueblos de Europa, y porque su indomable resistencia, por sus fueros, les hace dignos de libertad.

Un viejo que, representando á un pueblo joven, siente todos los ardimientos de la libertad, es un gran consuelo para la idea, y una funda-

dísima esperanza para el porvenir de la libertad. Krüger representó todas las virtudes. Inglaterra juega el papel de todos los crimenes.

A. A.

## Murmuraciones

Los moritos de junto á Ceuta, por quitame allá esta obligación contraída en la cuestión de límites, han armado de nuevo bronca, y el comandante militar español se ha visto precisado á reforzar las guardias y á ponerse en ídem, después de las consiguientes reclamaciones.

Estamos, pues, abocados á un nuevo conflicto con tiritos de prólogo y con conferencias y fusilamientos á la postre.

Los corresponsales de los periódicos madrileños en Ceuta comienzan á dar la voz de alerta, y el Gobierno comienza también á preparar los cañones viejos que existen en los parques por si hace falta llevar á cabo un simulacro como el de Melilla.

Prepárese el Margallo que ha de morir sin saber cómo, como aquél, y el Martínez Campos que ha de celebrar las conferencias con el príncipe tuerto.

Se dice que la escuadra inglesa anda á la vista de Ceuta haciendo instrucción.

Y se dice esto como una indirecta que pueda llamar la atención de nuestros gobernantes.

Yo juzgo una solemne tontería sembrar el pavor antes de tiempo.

Si los ingleses quisieran posesionarse de Ceuta lo harían sin disparar un tiro.

¡Ya saben ellos cómo las gastan los españoles!

Con pedírsela al Gobierno.... basta. O con comprársela.

Como han hecho los yanquis con las islas que se le olvidaron pedir cuando firmaron el tratado en París con Montero Ríos.

En un templo en Barcelona un andamio se cayó, y se ha matado un obrero en la presencia de Dios.

Si ni para esto sirve nuestra santa religión, ¿quieren ustedes contarme dónde está el ardiente amor de que nos hablan los curas en la misa, en el sermón?

El general Linares, ministro de la Guerra, se ha empeñado en dejar buena memoria de su paso por el ministerio.

Las reformas compaginan admirablemente con el sentido económico que el país proclama.

Hé aquí una de las principales, y digo principal, porque va contra el generalato, monstruo del que se asusta todo ministro y todo ministro-illo:

«Supresión de la plantilla de capitanes generales de ejército, dando el ascenso por servicios muy eminentes y extraordinarios.

Supresión del sueldo especial de cuartel para los generales que han desempeñado determinados destinos.

Supresión del sueldo especial del secretario del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Reducción de las edades en dos años para el pase á la reserva de los generales y asimilados, amortizándose todas las vacantes que se produzcan con tal motivo.

Disponiendo que continúe la amortización hasta que sólo exista el 5 por 100 del personal con destino en cada clase.

Disponiendo que mientras haya excedentes se alterne en los mandos y destinos de los generales.

Supresión de la asimilación al empleo de general de división en los cuerpos de Administración militar, Sanidad y Jurídico.»

Estas reformas, como era de esperar, han armado un verdadero zipizape en la Corte, y unos dicen que no pasarán, y otros que sí.

El general susodicho, aparte otras buenas cualidades, tiene una que lo hace simpático ante la opinión: la franqueza.

Véase cómo ha hablado:

«Muchas de mis reformas—añadió el ministro—van contra compañeros míos y contra el Ejército. Tengo la seguridad de que los menos han de aplaudirme y los más han de censurar-me; pero á realizarlas voy porque lo creo un deber de conciencia.

Si las Cortes las echan abajo, yo me retiraría á mi casa tranquilamente y con la satisfacción del deber cumplido.»

No todos hablan así, y por eso el general Linares lleva una ventaja sobre todos sus compañeros presentes y futuros.

El Pats, que viene siguiendo esta campaña con verdadero interés, al enterarse de la guerra

que se le hace al ministro en los centros burocráticos, en los que se asegura que las reformas fracasarán, exclama:

«Capitular en Santiago de Cuba, herido al frente de un Ejército de enfermos y hambrientos, destrozada la escuadra, sitiada la plaza por un enemigo superior en número y en armamento, es legítimo, es inevitable, no es deshonoroso. Pero, general Linares, capitular por segunda vez y entregando las llaves de la reorganización militar, á Ugarte, á un Marte de sainete, á un rábula con uniforme y espada, á un sér anfibio, mezcla de soldado y alguacil, es inaudito y lamentable.»

Lo que indica claramente que en Madrid hay una gran marejada por haber sacado la cabeza un hombre.

Y no un sacristán.

Como los demás ministros que acompañan al padre Azcárraga para que sirva de casamentero.

\*\*

Por Sevilla no se habla de otra cosa nada más que del ridículo acto que el Alcalde en propiedad, obligado por sus hechos, ha tenido que llevar á cabo, yendo al gobierno para pedir caridad y el perdón de sus errores y de muchas cosas más. Si no fuera una indecencia por la poca seriedad que revelan estos hechos, sería de desear que entraran los basureros y barrieran con afán la sala de la alcaldía, la sala municipal. ¡Cuándo ha estado de este modo gobernada la ciudad! No es esta cuestión de formas, ni cuestión de administrar; porque es cuestión de energía y cuestión de dignidad.

\*\*

Cuenta un periódico este hecho, cometido por un obispo de esos de seis mil duros y los gajes.

Humildad.... sobre todo, humildad:

«Célebre fué en Madrid un clérigo llamado D. Juan García Rodríguez, muy diestro en sagradas ceremonias, por lo que le buscaban para ciertas funciones solemnes y complicadas. En la funerala de Narváez, llegado el momento de los rezos que rezan los obispos asistentes á esos actos fúnebres extraordinarios, D. Juan hubo de oponerse ante el entonces obispo de la Habana, Padre Jacinto, y presentarle abierto el libro ritual donde leyera la oración.

—Póngase usted de rodillas ante mí—dijo el obispo con muy malos modos.

—Señor, esta ceremonia se hace en pie.

—De rodillas he dicho, ¡so bárbaro!

—Ilustrísimo señor, ¿no ve que soy sacerdote y el ceremonial me prohíbe arrodillarme para esto?

Entonces el obispo, sin reparar en el lugar santo, ni en la inmensa concurrencia de ministros, generales, cortesanos y magnates que formaban el duelo, dió al pobre y humilde sacerdote un puñetazo tan fuerte en el pecho, que con el libro y la palmatoria que tenía en las manos, cayó sobre un brasero encendido que allí cerca había....

El infeliz así tratado, habló después de entablar una queja, y todos los sacerdotes trataron de disuadirle porque, decían, sería inútil y en todo caso aun saldría penitenciado, reprendido y quizá suspenso el agredido tan brutal y sacrilegamente.»

Estas cosas no deben de permanecer en la obscuridad para que abran los ojos—ya que todo lo demás lo tienen bien abierto—las beatas que lloran de devoción cuando el obispo las bendice.

\*\*

Telegrama de El Porvenir:

«Barcelona.—Existe gran alarma en el vecindario por haber aparecido una cuadrilla de ladrones, los cuales ejercitan su industria en las iglesias.

Se han organizado varios somatenes para perseguirlos, matando á uno de los malhechores é hiriendo á otros.»

Como sigan matando é hiriendo malhechores, la mitad de los sacristanes catalanes desaparecen.

¡Porque á mí que no me digan!

La gente de casa es la única que sabe dónde están las alhajas.

\*\*

EN EL GOBIERNO CIVIL

(Un hujier, entrando en el despacho del señor Gobernador.)

HUIER. (Anunciando.)

El Alcalde de Sevilla.

GOVERN. (Poniéndose tieso y cogiendo el bastón.) Que pase ese señorito....

¡pero solol... Necesito que no pase Pepitilla.

ALCALD. (Con el sombrero en la mano, en humilde actitud y mirándose el ombligo encantador.)

¿Puedo pasar adelante sin ningún inconveniente?

GOVERN. (Con guasa.)

¡Pase el señor Asistente, en moda gran Almirante!

ALCALD. (Con timidez estudiada.)

Ustá se habrá ofendido, y aquí vengo á reparar toda ofensa, para dar explicaciones....

GOVERN. (Enfurrñado.) ¡No he pedido explicaciones de nadal!

ALCALD. Su actitud en contra mía....

GOVERN. La causó una grosería....

ALCALD. (Interrumpiéndole.)

Dirá usted una checada.

GOVERN. Yo no sé cómo llamarla, aunque sí cómo sentirla....

ALCALD. Hoy vengo yo á corregirla, quieto decir.... á enmendarla.

GOVERN. Tarde se acuerda á mi ver....

ALCALD. Por eso vengo en consulta.

GOVERN. Cuando le ponga una multa....

ALCALD. Yo no digo... Puede ser.

GOVERN. Cuando sé, por experiencia,

porque he visto el expediente,

que su elección no es corriente,

sino farsa.... ¡una indecencia!

ALCALD. ¡Todo lo tengo olvidado!

Soy Alcalde por chiripa....

GOVERN. (Con mal modo y repentinamente.)

¡Para llenarse la tripa....

ALCALD. (Lloriqueando.)

¡Soy un señorito honrado!

GOVERN. Pues yo ni pongo ni quito,

y usted la razón me da;

y lo dice.... ¡claro está!

Es usted un señorito.

ALCALD. (Humillado.)

Vengo á pedirle perdón....

GOVERN. (Arranque despreciativo.)

Pues está usted perdonado.

ALCALD. (Con alegría inusitada.)

De modo, que no ha pasado nada.... ¡Ay, qué alegrón!

su señoría me da,

todo por bien de Sevilla....

GOVERN. ¡Puede seguir Pepitilla!

haciendo que viene y val

ALCALD. (Loco de alegría.)

¡Suyo siempre, don Segundo!

GOVERN. (Despreciativamente.)

Páselo bien.... don Tercero.

(Sale el Alcalde.—El Gobernador da un puñetazo sobre la mesa y exclama:)

¡Y este es Alcalde primero...!

Señores: ¡así está el mundol

CARRASQUILLA.

## Páginas para la mujer

EL HOGAR MODERNO

Dejando á un lado inútiles susceptibilidades del amor propio, confesemos, queridas lectoras más, que los españoles somos poco prácticos, que no siempre sabemos elegir de la vida lo mejor y más conveniente, y que muchas, infinitas veces, adoptamos de extranjeros países lo que tienen de menos bello y útil. Y conste, por anticipado, que en este artículo pretendemos abarcar tres conceptos que parecen divorciados entre sí: la moda, la comodidad y la economía, que constituyen por sí solos la eterna preocupación de las mujeres sensatas, partidarias de dar á la sociedad lo estrictamente preciso, y cuyas solicitudes cariñosas se desbordan por entero en el hogar.

Es casi general en la clase media, al tratar de amueblar una casa, elegir las mejores habitaciones para recibir las visitas; todo para el caso se antoja poco, y se escogen las más alegres, las más bellas, las más ventajadas y mejor decoradas, á fin de que crezca la consideración social de la casa, mientras los individuos que componen la familia se recluyen en las habitaciones peores, más pequeñas, y allí ven transcurridas horas de la vida, sin ninguna de las comodidades que muchas veces sobran en los salones destinados á recibir.

Pues bien, esto no es lógico ni justo que suceda; porque de las horas del día, las visitas se llevan las menos, desde luego, puesto que si sucediera lo contrario, el ama de la casa no dispondría del tiempo suficiente para atender á sus

múltiples é ineludibles obligaciones. Entendemos nosotros que toda familia sensata, cuando no cuenta con grandes medios de fortuna, debe tener el acierto de amueblar todas, absolutamente todas las habitaciones, en armonía unas con otras, así tratándose del valor de los muebles, como de la comodidad de los mismos, porque toda disparidad sobre el particular, acusa, no cabe dudarlo, mal gusto ó vanidad desprovista de fundamento.

La armonía, queridas lectoras, es por extremo necesaria, así se trate de los caracteres como de los objetos inanimados que nos rodean y pueden recrear la vista; una casa cuyas habitaciones no se hallen íntimamente enlazadas, es decir, al mismo nivel unas de otras, dará siempre triste idea de los seres que la habitan.

Nosotros, sobre este particular, nos declaramos partidarios de la moda inglesa, que inspira en el más estricto sentido práctico, y en las reglas elementales de la higiene, elige de la casa las habitaciones más sanas, más espaciosas y alegres, para que en ellas viva la familia con el debido desahogo y limpieza.

Es tonto, en una palabra, condenar una habitación hermosa y ventilada á eterna media luz, para que los muebles no se ajen, y en cambio amoldarse durante todas las horas del día á otras estancias con menos condiciones para la salud y esparcimiento.

En buena hora que dediquemos una estancia ó varias para recibir, pero que no sean precisamente las mejores de la casa; no sacrifiquemos á la vanidad de una hora las comodidades del día entero; es preciso que nos convenzamos de una vez de que los humanos, como los pájaros, necesitamos aire, luz, espacio, pues sin esas condiciones, la vida será posible acaso, pero no la conservación de la salud, tan solícita compañera de la dicha.

Esto, en lo que al ornato concierne, es decir, á la moda; pasemos ahora queridas lectoras más, á lo que incumbe á la comodidad. El gusto moderno, tomando nociones y elementos de todas las épocas, enlazándolas entre sí, de acuerdo con la industria, ha logrado dictar leyes para el mueblaje de las casas, que realmente se emancipan de enojosas y ridículas preocupaciones. Dentro de un gusto risueño y sencillo, se almoldan á la perfección muebles pequeños fáciles de manejar, bastante más por ejemplo, que el vestuto y amplio sofá, en el cual, sentadas dos ó tres personas, como en sitio de preferencia, no podían sostener, sin molestarse con una continuada violencia, una conversación entre sí. En lugar del sofá, las marquesinas, tan cómodas y coquetas, el dos á dos, el vis á vis, y multitud de muebles caprichosísimos que se prestan y hacen amena toda conversación, por la comodidad que entrañan.

Lejos, pues, de nosotros aquellos monumentales sillones entre cuyas anchuras casi desaparecía la silueta humana; hay almohadones, sillas bajas, butacas fáciles de trasladar de un punto á otro; llenan á maravilla los huecos de las habitaciones, dándoles un aspecto de confort y de coquetismo, del cual, en vano buscaron el secreto las gentes de otras edades. Y lo que decimos con referencia á los salones, puede aplicarse á las demás habitaciones con escasa variante de criterio, no olvidando además, queridas lectoras más, que precisamente la elegancia de esos deliciosísimos muebles modernos estriba en su estructura, no en la tela de que se hallan revestidos; de modo que á todos nos es fácil su adquisición, para hacer agradable y dulcísima la permanencia en el hogar, centro de las mayores dichas de la tierra.

Triste, muy triste sería, que á despecho del progreso alcanzado, sólo la riqueza pudiera disfrutar de esas ventajas; nó, nó, son patrimonio de todos, por haberse depurado el gusto y la comodidad en lotes que á todos nos alcanza, siempre que sepamos buscarla con ayuda de la cordura y del buen sentido.

Vengamos ahora á la economía, pues si bien parece que en el anterior párrafo la hemos saludado, ha sido de pasada y no ciertamente bajo el aspecto que requiere el presente artículo. De economía hemos hablado únicamente refiriéndonos al tejido mas ó menos suntuoso con que puede adornar nuestras habitaciones, ya que la industria con sus continuos y peregrinos inventos, resuelve con habilidad, el intrincado problema; pero un punto interesantísimo de la economía doméstica radica en regular la importancia, la capacidad, el ornato de la casa que se ocupa, con los medios de que dispone la familia. Un crecido alquiler que no esté equilibrado con los demás gastos domésticos, entraña no sólo un sensible malestar moral, sino también algo de insólido y chocante en el arreglo interior de la casa, porque, cuando en una cosa se invierte más dinero que en otra, necesariamente

mente se resienten los demás, al verse forzadas á un ahorro que no guarda el debido equilibrio. Además, las exigencias inherentes á un alquiler de casa subido, son infinitas, y el atenderlas mal basta para que caigamos en un terrible ridículo, ó por lo menos, que produzca disgustos y rozamientos que á toda costa debe evitar una mujer prudente y celosa de los prestigios de la casa. Con marcada preferencia, es fuerza que atienda la mujer, todas estas cuestiones, íntimamente unidas á la vida del hogar, por lo mismo que son mucho más trascendentales de lo que á primera vista parece; y descuidándolas, la felicidad doméstica es imposible, ya que ésta se compone de multitud de adorables pequeñeces. En una palabra, todo lo que el progreso de los tiempos ha alcanzado de cultura para la mujer, debe necesariamente reflejarse en cuanto al hogar atañe, porque la casa es el centro de sus principales afectos, el trono donde resplandecen sus virtudes y también la esfera donde gravitan los más nobles y duraderos sentimientos humanos.

JOSEFINA PUJOL DE COLLADO.

## De actualidad

### DE LA PENÍNSULA

Aprobadas las reformas de Guerra, pasarían á la reserva cuatro tenientes generales, ocho de brigada y once de división.

Retiraríanse más de setenta coroneles y asimismo.

Antes de un año quedaría amortizado todo el contingente.

*El Liberal*, ocupándose de los sucesos de Ceuta, llama la atención sobre los peligros de amenaza.

Dice que la escuadra inglesa hallase en Gibraltar, cuando debía estar invernando.

Recuerda que así comenzaron los sucesos de Melilla.

*El Imparcial* elogia las reformas de Linares.

Dice que aunque haya deficiencias hay también altura de miras, resultando la solución de un problema eminentemente español.

Telegramas de Tánger confirman que los moros fronterizos de Ceuta oponense á los trabajos para abastecer de aguas potables á Ceuta desde la aldea de Benyonnes, según concesión del tratado de Marrakesh.

El comandante general de Ceuta envió un destacamento de infantería, trabándose reyerta.

Ojeda ha conferenciado en Tánger con Sidi Torres, quien ha enviado un comisionado especial.

El Gobierno quita importancia á los sucesos.

Enviará refuerzos.

A las diez de la noche celébrase Consejo extraordinario.

Supónese que se ocuparán de la cuestión de Ceuta.

El Círculo de la Unión Mercantil formulará una protesta elevándola á las Cortes contra los recargos de los próximos presupuestos, gravosos para el país y el comercio.

Mañana se firmará la combinación de gobernadores.

En los pasillos del Congreso celebraron extensa conferencia Gamazo y Tetuán, acordando la inteligencia parlamentaria.

*El Español* publica la noticia oficialmente.

La inteligencia de Tetuán y Gamazo se ampliará.

Dicen éstos que deshechos los partidos turnantes se agruparán, si les encargaran el poder, con los grupos afines sin programa, que surgiría en las Cortes.

Nada fijan de jefatura.

En el Congreso se reanudó el debate político.

Comenzó Romero su discurso recordando el punto de la interpelación de Azcárate cuando decía que resolver por votación sobre los decretos referentes á la vida provincial y municipal, era contra la Constitución.

Nada impórtale la caída ó la continuación del Gobierno, pero el decreto de Dato imposibilitaría en otra nación á Silvela para seguir dirigiendo un partido.

Señala las divisiones de la mayoría y la diversidad de criterio de sus prohombres.

Recuerda la odisea de Dato en Barcelona, la cual originaría el expediente contra aquel Municipio.

Censura al gobierno que alentó el regionalismo y el clericalismo.

Niega que el actual gobierno sea continuación del anterior.

Recuerda la unión para restaurar la monarquía.

Ahora se hará otra para restaurar la libertad y la democracia.

Defiende la inmunidad de los diputados concejales.

Que se enviaran, dice, inspecciones á los ministerios, y algunos ministros irían á los tribunales.

Ocupase del movimiento carlista, que cree estaba preparado hacía mucho tiempo.

Agrega que la suspensión de las garantías solo ha servido para encarcelar á los catalanes, amordazar la prensa é impedir dar vivas á Romero.

Considera apócrifos los depósitos de armas.

Suspende el discurso, diciendo que hablará alrededor de una boda.

Levántase la sesión.

El gobernador del Banco y los consejeros reuniríanse con Allende, orillando las dificultades que se presentaban para la aplicación de los Estatutos.

En el consejo que mañana presidirá la Regente comunicará ésta oficialmente al gobierno el casamiento de la princesa.

*El Español* congratúbase de que nada anormal ocurra en Ceuta, pero pide al gobierno gran prudencia, tacto y vigilancia, atendiendo á que las relaciones internacionales están pendientes de un hilo y con el mismo puede romperse la blusa de Marruecos.

*El Heraldo*, en telegrama de Algeciras dice que continúa la agitación de las kábilas de Ceuta.

Se les ha prohibido la entrada en la plaza. A Sidi Torres espérasele en Algeciras.

Los comisionados marroquíes llegaron á Ceuta para acordar con los españoles el sitio de la conducción de aguas.

Las obras las pagará el Sultán.

El general de la plaza ha teleografiado que las autoridades marroquíes prometen cumplir las órdenes.

### DEL EXTRANJERO

En París desmiéntase los rumores sobre el grave estado del Papa.

Dicen de Nueva York que aquel gobierno elevará eventualmente á Kruger de conferenciario con Mackinley.

El czar continúa mejorando.

Francia, Alemania y Austria han firmado un convenio sobre el azúcar.

Los embajadores en Pekín han llegado á un acuerdo que someterán á sus gobiernos.

Los boers atacaron la colonia del Cabo. Kitchener enviará á la costa los prisioneros boers y los neutrales.

En los Estados Unidos circuló el falso rumor de que en Virginia, al pasar un tren hundióse un puente, pereciendo 200 personas.

En Londres dícese que se ha descubierto un complot para asesinar á Roberts, estando complicado veinte extranjeros.

Se han hecho diez detenciones en su mayoría de italianos.

Kruger visitó la Exposición, siendo recibido por el comisario del pabellón del Transvaal. Fué aclamado.

Rocheftort entregó la espada de honor de Cronge.

Saludóle una delegación de 1,200 estudiantes.

El Ayuntamiento lo recibió en el Salón de sesiones.

Mañana marchará á Holanda.

Kruger visitó al ministro Delcasse, celebrando una conferencia interesante.

Las potencias proponen á China la integridad del Imperio, indemnización de mil millones y medio de francos y guarniciones permanentes en las Legaciones.

Ha habido explosión de grisú en la mina de San Luis de Arniche (Francia) resultando 50 muertos.

Extraídos 8 heridos: faltan 19.

La policía de París ha expulsado de Francia al inglés que arrojó desde el balcón de un hotel monedas, durante la manifestación de los estudiantes á Kruger.

Dícese que el gobierno inglés deseará las proposiciones de arbitraje en el Transvaal.

## Una cosa es predicar...

### (CUENTO)

El señor obispo estaba girando la visita pastoral.

Por todos los pueblos de la diócesis iba derramando pródigamente, con caridad cristiana, el pan de la gracia espiritual.

¡Qué bondad la de S. I! ¡Qué dulces palabras de consuelo salían de sus labios para aliviar las penas de los desgraciados!

No había cuita que le refiriera un pecador contrito para la que no tuviese una máxima evangélica y una frase bondadosa de perdón.

No veía una desgracia, una miseria que dejara de remediar con una grata promesa.

—Conservad, hijos míos—decía—el amor á nuestra sacrosanta religión, que para todos los males, contrariedades y desdichas de esta miserable existencia transitoria, ofrece consuelos; la esperanza en Dios, bueno, justo y misericordioso que vela constantemente por sus criaturas, y les promete goces inefables, bienaventuranzas eternas para la otra vida celestial en compensación á las tribulaciones de esta terrena. Sobre todo la fé. Conservad, hijos míos, vuestras creencias; la fé en Dios que todo lo puede, sin cuya divina voluntad no se mueve la hoja del árbol; la fé en la religión que os fortalece y consuela; la fé en la Iglesia cuyos sufragios os allanan el camino que conduce á la vida perdurable, á la eterna paz; la fé en los sacerdotes que piden al cielo por vosotros, que os perdonan vuestras culpas aquí abajo, que con sus oraciones, plegarias y santas prácticas predispone en vuestro favor al Eterno para que deponga sus justas iras cuando vuestros pecados le tienen irritado y para que atienda á todas vuestras necesidades y vele por vuestra salud y por vuestros bienes. Tened muy presente que los males y las desdichas Dios las envía para templar vuestro ánimo, para probar vuestra fé. ¡Oh! La fé, hijos míos, no la perdáis nunca; ella es vuestro consuelo, la que os dará fortaleza, la que os conducirá á la tierra de promisión. Sí, conservad la fé como la más importante, la más necesaria de las virtudes teológicas; por eso es la primera, la que más recomienda la Santa Madre Iglesia, la que todo buen católico debe tener siempre presente, sin olvidarla jamás, sin dudas ni vacilaciones, en todas las contrariedades, desgracias y situaciones críticas de la vida.

Daba gusto oír explicarse así al buen obispo. ¡Cuántas esperanzas próximas á desvanecer, cuántas creencias casi perdidas reanimó y avivó con su elocuencia inspirada en la fé!

—¡Hermoda propaganda está haciendo S. I!

—¡Qué elocuencia, qué unción evangélica, qué firmeza en las creencias, qué fé tan sincera!

La visita pastoral terminó.

El buen obispo, cansado de tan larga excursión por esos pueblos de difíciles comunicaciones, molido de tantos días de viajes, unas veces en treno, otras en diligencias y en caballerías, volvió á su palacio episcopal.

Reposó la primera noche en un cómodo lecho, y al día siguiente sintióse algo indispuerto; le dolían las articulaciones y la cabeza. No obstante, se levantó.

—Me siento mal—le dijo á su familia.

—Señor, se ha dado S. I. muy malos ratos en la visita pastoral; ha pasado malas noches; pero ¡qué hermosa y elocuente propaganda la que ha hecho S. I. de nuestra santa fé!

—Tengo una jaqueca atroz; la cabeza se me parte.

—¡Jesús, señor!... ¡Qué desgracia! Voy á disponer que todas las misas de hoy se apliquen á pedir al Altísimo por la preciosa salud de S. I.

—Sí; pero hágame el favor de mandar también que me traigan unas píldoras de antipirina.

El familiar saltó. S. I. llamó á un paje y se hizo conducir otra vez al lecho. Se acostó.

Volvió el familiar diciéndole que en todas las misas del día se pediría á Dios por su salud.

—¿Y las píldoras?

—Aquí están.

—Muy bien, muy bien—dijo el prelado, tratándose una.

Por la tarde tenía calentura, tanto, que el secretario se alarmó y le dijo:

—Señor, dispondré que S. D. M. quede de manifiesto en la catedral y en las parroquias ha que S. I. se mejore.

—Sí, sí; pero oiga: unos papelitos de quini na... que los preparen bien, que sea fresca.

La noche la pasó intranquilo. Al día siguiente estaba peor.

Su edad avanzada, su obesidad extraordinaria, su temperamento sanguíneo inspiraban temores de una apoplejía.

El familiar, al verle en tal estado, le dijo todo compungido y medio lloroso:

—Señor; daré orden para que en todas las iglesias de la diócesis se hagan solemnes rogativas.

—Sí, sí; pero un médico... avise también á un médico.

El Galeno á quien se llamó era un señor muy beato, que se asustó y no se atrevió á administrar sus pecadores récipes al enfermo. Llamó á otros colegas á consulta y se pasaron la noche deliberando.